

racional conoce su infalibilidad; le está sujeto el corazón por el amor que los hombres todos le tienen como á su padre; la voluntad porque su gobierno divino impone leyes á todos; el alma entera porque su dignidad incomparable exige de todos el mismo respeto; una autoridad que, por decirlo en pocas palabras, reúne todas las otras, porque el hombre que es depositario de ella, es, en el mas riguroso sentido, el representante universal del que ha dicho: "Toda potestad me ha sido dada en los cielos y en la tierra."

Sí, señores, ese anciano inerte que está sentado en el Vaticano, protegido por la espada y el respeto de la Francia, ciñe en su frente, reunidas en una sola, las tres coronas de que hemos hablado antes, porque es á la vez padre, sacerdote y rey. Como Sacerdote católico, tiene la plenitud del sacerdocio, y todo sacerdote recibe de él la potestad de hablar, perdonar y sacrificar; como Rey católico, es la fuente de la cual emana toda facultad de gobernar á los hombres en la Iglesia de Jesucristo, y á él vuelve esa autoridad concedida á los demas; como Padre católico tiene hijos donde quiera que su paternidad ha hecho germinar la vida de Jesucristo; y en todas partes, en los últimos rincones de la tierra y en las cúspides de las montañas, se oye la voz de doscientos millones de almas que le dicen: "¡Eres mi padre!" Como sacerdote, y por lo tanto, como apóstol y doctor universal, habla, y el universo todo escucha sus palabras y responde á su voz: "¡Te creo!" Como rey católico, y por lo tanto, investido con el derecho de gobernar á todos los cristianos, da leyes y manda su observancia; y todos los creyentes obedecen su

mandato diciendo: "¡Te obedezco!" Como padre católico bendice á todos sus hijos esparcidos en toda la tierra; y todos los católicos se arrodillan y reciben su bendición exclamando: "¡Yo te amo, padre mio!"

¿De qué manera debemos considerar á esta autoridad? ¿Puede verse en un hombre algo de mas divino? Contemplemos un momento con verdadero éxtasis esa autoridad, la mayor que pueda verse en la tierra.

En el lugar mas ilustre de las mas ilustres de las ciudades, en Roma, en la plaza de San Pedro, único lugar digno de semejante espectáculo, en ciertos dias del año se reúne una multitud inmensa parecida á las olas del mar, pero del mar cuando apenas hiere la superficie del agua una fresca y suave brisa que no es bastante á cortar el limpio cristal de sus aguas. Reúnense allí los representantes de todas las naciones de la tierra; y no parece sino que la imaginación se complace en hacernos ver allí reunidas á todas las naciones mirando con avidez aquel punto, como para contemplar desde lejos la escena que tendrá lugar en aquel terreno, donde debe desplegarse toda la grandeza de Dios. La multitud silenciosa espera con ansia algo maravilloso. . . . Aparece repentinamente un hombre en la fachada de la gran basílica; ese hombre es un sacerdote, un rey, un padre, un anciano en cuya frente se ven reunidas todas las dignidades que pueden adornar la frente de los hombres. Con los ojos fijos al cielo parece pedir á Dios que se haga presente en aquella festividad; su corazón respira amor y ternura, y se abre cariñoso para recibir á toda aquella multitud compuesta de hijos suyos; y levanta la mano y

la tiende para bendecir así á la humanidad entera prosternada delante de él. El cañon de San-Angelo retumba solemnemente saludando con mas pompa á aquella reunion de cincuenta mil personas arrodilladas como formando una sola; las campanas todas de la Ciudad Eterna repican á vuelo para dar mas grandiosidad á aquella escena; y en aquel momento solemne el Padre de los católicos canta conmovido y con el corazon rebotando amor estas dulces palabras: "Yo os bendigo á todos en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." Tal es, señores, la bendicion del Padre de los fieles; bendicion que alcanza, no solo á todos los presentes, no solo á toda la ciudad, sino al orbe entero: ; *Urbi et orbi!* . . .

Jamas, señores, se ha visto en el mundo un espectáculo como ese; jamas se ha dado una muestra tan grande de autoridad como la que se da en Roma, entre las ruinas de tantos poderes que no existen, en medio de tantas monarquías pulverizadas. El que haya podido presenciar eso sin conmovirse; el que haya recibido esa bendicion del Padre de los católicos sin grabar en su corazon la incontestable prueba de su autoridad, y sin doblar la cabeza respetuosamente ante tan augusta ceremonia, ;oh, señores, ese es un infeliz que carece de un sentido! díganlo si no los que han presenciado tan sublime espectáculo; el que lo ha visto sin impresionarse, carece del sentimiento de lo grande, y tiene un alma muy mezquina.

El que despues de presenciar todo eso no comprende todavía lo que debe haber hecho por las sociedades la autoridad que desde hace cerca de dos mil años obtuvo y sigue obteniendo semejantes prue-

bas de respeto, ese merece que le digan: Idos lejos de nosotros, porque sois indigno de ver la luz del sol; no debeis ver nada de cuanto os rodea.

Nadie podrá esplicar jamas todo lo que ha hecho el papado con su influencia moral, universal y perpetua, en favor del engrandecimiento de las sociedades. Este solo asunto requiere mas de un discurso, y yo no he podido dar sino una débil pincelada y presentar aislado un solo rayo de ese grandioso conjunto de luz. Sin embargo, ese solo rayo ha debido manifestaros el impulso que de siglo en siglo ha ido dando el papado al progreso social de los pueblos cristianos con solo el influjo prodigioso de su autoridad. No solo debe ser considerado el papado como la llave de la bóveda del mundo social; no solo debe ser tenido como el baluarte mas firme en el cual se defienden el órden contra la anarquía y la sociedad contra la revolucion; no, señores, el papado, sostenido en el trascurso de los siglos por la obediencia, el respeto y el amor de los pueblos cristianos, es más que una muralla que nos defiende, es más que un escudo que nos cubre de los golpes, es un carro que nos lleva; pero un carro triunfal que abre hace mas de diez y nueve siglos en todas las naciones la marcha de la civilizacion y del progreso.

Por eso nos atrevemos á decir en alta voz, señores, que el que conspira contra el papado, conspira contra la humanidad; que el que lo ataca, os ataca á vosotros todos, los que deseais el bien de la sociedad, el órden, la civilizacion y el progreso; y si alguna potencia en la tierra intenta envilecerle y derrumbarle, no hará mas que envilecerse y derrumbarse á sí mis-

ma. Si algun potentado cualquiera, cónsul, rey ó emperador, se atreve á deprimir esa autoridad para engrandecerse con su ruina, dia llegará en que los remordimientos de su corazon le manifiesten la cólera divina, y en las arrugas de su frente se estampará el desprecio del mundo entero. Por el contrario, toda potestad que le ofrezca el abrigo de su escudo, los sentimientos de su corazon, y los homenajes de su respeto y obediencia, verá aumentar el prestigio de su propia autoridad, y sobre sus sienes se posarán unidas las bendiciones del cielo y de la tierra. Como hija verdadera y respetuosa de la madre de las naciones cristianas se echará en brazos de su madre, que la estrechará entre ellos como á su verdadera hija; y juntas y unidas caminarán hácia el engrandecimiento de las almas y el progreso de las sociedades.

Si quereis saber, señores, la conducta que con respecto á esa potestad inerme han observado los hombres mas grandes de nuestra historia y los gefes mas ilustres de nuestras dinastías; si quereis saber lo que esa potestad ha hecho en bien de la grandeza de esos gefes, y en favor de la gloria de su posteridad, dejad que os cite un ejemplo famoso, siempre nuevo á pesar de los años trascurridos, y que es á propósito para que hagamos mencion de él en este lugar.

Hubo un dia en que una sedicion famosa, como otras varias de las que han mugido alrededor de esa monarquía, echó de Roma al Papa Leon III, el cual fué á implorar el auxilio del emperador Carlomagno, que estaba á la sazón en Padeborn. El gran rey mandó á su encuentro, primeramente á un arzobispo; en seguida á un grande de su corte, y por último, á su

hijo Pepino, vencedor de los hunos y rey de Italia. Pepino iba á la cabeza de cien mil hombres. Cuando este ejército encontró al Pontífice, á quien solo acompañaban unos cuantos servidores, se prosternó tres veces en su presencia: el Papa le bendijo otras tantas, y en seguida Pepino se colocó á su lado. Luego que tuvo aviso de esto Carlomagno, salió de Padeborn acompañado del clero que llevaba el pendon y la cruz. Se colocó despues en medio de un ejército compuesto de hombres de todas las naciones, al cual hizo formar en un inmenso círculo que representaba una ciudad viviente, en el centro de la cual estaba Carlomagno de pié, sobresaliendo su cabeza entre todas las de sus soldados. El Papa se presentó en el círculo acompañado de Pepino, y en ese mismo instante cayeron de rodillas cuantos estaban presentes, ejército, pueblo y clero: Carlomagno, padre de la Europa, se inclinó ante Leon III, pastor del mundo, el cual bendijo tres veces á ese pueblo y á ese ejército que estaban á sus piés. Pasado ese momento agosto, Carlomagno y Leon III se echaron en brazos uno de otro, llorando: y luego el Papa, elevando la voz, entonó el cántico de los ángeles: *Gloria in excelsis Deo.*¹

Carlomagno y Pepino, padre el uno de Europa, señor el otro de Italia; ambos grandes en la paz y vencedores en la guerra, comprendieron que así era cómo debía tratarse al rey de las almas y Padre del mundo. Al doblar la rodilla ante la primera autori-

¹ Véase dom Bouquet citado por Rohrbacher, Historia de la Iglesia, tomo II, pág. 321.

dad de las sociedades cristianas, ellos se elevaron haciendo grandes á sus pueblos; su humillacion les hizo mas grandes que sus victorias; y esos inmortalés fundadores de la mas grande de todas las dinastías reales, no debieron arrepentirse jamas de haber honrado dignamente al representante de una dinastía mas grande que la suya. Quiera Dios que la veneracion filial y el respeto real de que hace mil años se dió tan grandiosa prueba con respecto á una autoridad que llevaba ya ochocientos años de verse rodeada de semejante respeto, se conserven entre nosotros como la mejor herencia de los reyes y emperadores cristianos; y quiera Dios tambien que esa monarquía divina defendida por el amor, el respeto y la obediencia de las otras, pueda á su vez proteger con su prestigio moral el culto de su majestad, la moral de sus pueblos y el progreso del mundo.

¡Oh Roma, morada del mas tierno de los padres; santuario del mas augusto de los sacerdotes; trono del mas grande de los reyes; asiento secular y venerable del papado; metrópoli del universo católico; los católicos todos te saludamos como hijos de una Iglesia que se honra con llamarse tu hija primogénita! Cuando sentimos á nuestros piés un volcan político que amenaza tragarnos, desde todos los puntos de Europa vuestros hijos os miran ansiosos y os tienden las manos buscando un apoyo eficaz en esa roca inmóvil donde Jesucristo fundó en Pedro el centro vivo de su autoridad divina. ¡Oh Roma, oh ciudad eterna, baluarte indestructible de la civilizacion! que mi lengua se pegue á mi paladar, y mi mano ya seca sea entregada al olvido, el dia que yo cese de publicar

por todas partes, en presencia de los que te aman y de los que te aborrecen, que tu divina autoridad, legada por Jesucristo en bien de la humanidad, es y será eternamente el fundamento mas sólido y la causa mas poderosa del progreso social.